

Ciertas personas, advertía Oscar Wilde, conocen exactamente el precio de todas las cosas; pero ignoran, no menos exactamente, el valor de cada una.

Una de las cosas de que suele conocerse, y aun pagarse, frecuentemente el precio, más o menos justo, es el trabajo humano. Pero no siempre se ha reconocido que el trabajo humano, además de precio, posee valor, y aun puede llegar a merecer estima.

¿Qué diferencias sutiles o no, importantes siempre, se ocultan bajo estas tres palabras:

*precio, valor, estima?*

Al poner, y por poner, precio a un trabajo humano, —sea el de barrendero o el de profesor universitario—, comienza por equiparárselo con una cierta cosa material, ordinaria e independiente con el dinero. No es posible hablar de precio sin una unidad de medida, sin admitir que las operaciones de suma, resta, multiplicación, división resultan aplicables. Se suman los sueldos de un mes o año, se descuenta o resta el impuesto a la renta ... Se trata en tales casos, no hace falta decirlo, de una equiparación, no de una igualdad. Pero ya sólo eso de equiparar trabajo humano con dinero, sometido a reglas matemáticas, cuantitativas, debiera resultarnos, si no degradante, sí cuando menos sujeto a revisión en cuanto a su sentido humano.

Que una máquina de sumar o escribir cueste tanto o cuanto, que dos o tres máquinas tengan que costar tanto o cuanto más, que el trabajo que rinden, el tiempo que han servido... sea calculable en dinero, no parece cosa peculiarmente degradante para la máquina.

El trabajo de una máquina tiene precio mas no posee valor alguno, ni es digna de estima de ninguna clase. Todo ello, si tomamos los términos en el sentido riguroso que se va precisando.

No faltan hombres, tal vez se sientan un poco desdichados, dedicados a la faena de sumar; ¿su trabajo merecerá solamente paga, ajustada a un precio fijado, cual si fueran máquinas?, ¿o no deberá tenerse de algún modo y grado en cuenta que se trata de un hombre y no de una máquina?

El *valor del trabajo humano se mide por la dignidad del hombre*. Cuando el hombre o ciertos hombres no habían pasado del estado de sentirse cosas, o de ser tratados como cosas, su trabajo tenía, cuando más precio, pero no valor alguno. Esclavitud, esclavo: son palabras para designar ese estado del hombre, o de ciertos hombres, reducidos a cosas, apreciables o despreciables, presto trastos viejos a arrumbar desconsideradamente.

Cuando en un régimen social se pone precio con matemática exactitud al trabajo humano, comencemos a temer que, en el fondo de tal actitud científica, de economía, perfecta, se esconde o un desprecio por el valor del trabajo humano, del hombre en cuanto ser con dignidad, además de con manos, pies y cabeza, o una ignorancia peligrosa de la condición humana, que llevará pronto o tarde a la esclavitud, con uno u otro nombre.

El valor del trabajo humano, aun del más humilde, no tiene precio. ¿Qué derechos dará al hombre trabajador ese hecho, económicamente perturbador, de que su trabajo posee valor, además de precio, siendo tal valor inapreciable, incalculable en precio?

Si el valor del trabajo humano no tiene precio, ¿habrá que dejar su recompensa a la conciencia, a la simple alabanza, a un «gracias», multiplicado por mil o por un millón simbólicos, al juicio de Dios y a los premios de la otra vida?

No han faltado épocas históricas que, aun reconociendo el valor del trabajo humano, como algo diferente del precio, se hayan contentado con un «Dios se lo pague»; quiero decir, que Dios pague el *valor* de los trabajos humanos, reduciendo la obligación de los aprovechados aprovechadores a pagar sencillamente el *precio* —admitámoslo benévolamente, aun a riesgo de pecar de inocentes— justo y debido. Y ¡aquí de esa virtud de la justicia, conmutativa o distributiva, asilo complaciente y sospechoso de ciertos tipos de economía humana!

La justicia tiene que ver, en el mejor de los casos, con el precio del trabajo; nunca con el valor.

Repito, con todo, la pregunta: si el trabajo humano posee, además de precio, valor, dignidad ¿la posesión de tales cualidades no dará derechos algunos, no deberá transformar la noción misma de precio?

¿Habremos de encomendar a Dios, entre mil y mil cosas que le encargamos, esa de que recompense el valor de los trabajos humanos, de que, suponemos o se supone a veces, sólo podemos pagar el precio?

¡Qué cómodo fuera para una economía, estilo capitalista desafortunado, semejante «Dios se lo pague»!

Pero como, desgraciadamente para tales concepciones económicas —fórmulas sospechosas de una concepción del hombre—, el trabajo humano de este mismo mundo en que vivimos posee dignidad, y no tiene que aguardar al otro para adquirirla, también presente, además, que probablemente en el otro mundo no haya que trabajar y no tenga sentido eso de precio, menester será reconocer que ya en este mundo, para todos, creyentes o sino en otro, hay que dar su parte al valor del trabajo.

Se puede poner o no precio a la cosas; probablemente no es necesario, como no lo es hacer una física con base e interpretación matemática, aunque, sin duda alguna, la física tratada con métodos matemáticos conduzca a un tipo de física científica, maravillosamente coherente, capaz de engendrar una técnica no menos portentosa, ¿monstruosamente potente?

Hacer y tratar las cosas con número, peso y medida no pasa de ser una de tantas maneras de hacerlas; tal vez fuera

mejor, y más digno, hacerlas con derroche, magnificencia, esplendor, sin contar ni medir. Que el Antiguo Testamento creyera alabar la manera como Dios hizo el mundo, atribuyéndole esa de haberlo hecho con número, peso y medida, nada tiene de particularmente sorprendente o escandaloso. Dios es lo máximo que podemos imaginar, nos advertirá Anselmo; número, peso, medida, son para ciertos tipos de mentalidad y de vida lo máximo que les cabe en la cabeza.

No dudo de que el tipo de economía capitalista haya hecho, sabiéndolo o sin saberlo, suyo ese criterio paleotestamentario: rehacer el mundo con número, peso y medida, y vengan estadísticas.

La dignidad del hombre queda peligrosamente expuesta cuando se le aplican semejantes criterios para valorar su trabajo. Número, peso, medida.

Pensemos unos momentos en si el plan de tratar lo humano con esplendor, magnificencia, derroche... no se ajustaría más decorosamente al valor de las acciones humanas, a la dignidad inalienable, imponderable, incalculable, inmediato del hombre.

No resultará fácil prescindir del plan ese de número, peso y medida, en que se basa la fijación de precios. Supongamos más: que no sea posible descartarlo. Bien podemos, sin embargo, tener como ideal, cual meta, esotro de esplendor y magnificencia.

Un poquito hemos progresado en este sentido. No sé si me equivoco mucho afirmando que, en el fondo del fondo de instituciones como derecho familiar, vacaciones pagadas, aguinaldos, pago de utilidades, diversos tipos de seguro para obreros, pensiones de retiro ... late y manda ese convencimiento de que el trabajo humano no queda pagado con el salario, con el precio que se le pone y paga, sino que tiene además dignidad, valor; valor y dignidad a las que se hace homenaje con esos recursos y procedimientos, su tanto, o su mucho atentatorios contra una economía capitalista paleotestamentaria: número, peso, medida.

La paga que se da a ciertos trabajos humanos hechos por determinadas profesiones ha recibido un nombre perfecto y envidiable. Honorarios es lo que merece todo trabajo hu-

mano; no simplemente precio. ¿Cuándo llegará una economía basada en el concepto de honorario, descartando la no muy humanamente digna de *precio*?

No nos tratemos a palos, quiero decir: a número, peso, medida. ¿Estamos o no en Nuevo Testamento? No lo parece a juzgar por el tipo de economía y sus clásicos y vigentes criterios.

Pero la cosa no termina aquí.

El trabajo humano puede llegar a poseer *estima*, y hacer estimable al que lo hace. Estima no es lo mismo que precio o valor.

Precio se pone a las acciones humanas por su mayor o menor emparentamiento y semejanza con las cosas tratables con número, peso y medida, con las físicas y matemáticas; desde este ángulo de visión no todas las acciones humanas, no todos los trabajos, tienen igual precio, ni devengan el mismo salario.

Pero sea cual fuere el precio, el salario, la paga que a los diversos trabajos se otorgue, el valor de todos es el mismo; todos están aureolados de la imperdible e igual dignidad del hombre.

El hombre, con todo, no es una cosa hecha perfectamente desde siempre. Si suponemos ser verdad eso de que tiene esencia, es decir: algo inmutablemente fijo, absolutamente determinado, perfectamente delimitado, no olvidemos que el hombre es un ser capaz de ideales; el hombre tiene esencia y tiene ideales. Y por la posesión de estos últimos, por su realización, más o menos perfecta, eleva su esencia misma, la trasciende, la supera; los animales no tienen ideales; poseen esencia; tienenla también los minerales y los números.

Cada época histórica rellena ese molde general de Ideal con un contenido propio, incitante, sugerente, aperitivo para acciones, empresas, trabajos.

Y época histórica habrá que tenga por ideal los valores religiosos; otra, los políticos; otra, los estéticos; alguna, los biológicos, o una mezcla, con dosificación diversa, de todo estos tipos de valores concretos.

Los ideales, lo Ideal, no es en principio asequible; no se hizo la estrella polar para llegar a ella, sino para guía de nave-

gantes. Si los ideales llegaran a realizarse plenariamente, nos quedaríamos los hombres sin ideales, —y no es juego de palabras—; y al quedarnos sin ideales, con la realidad perfecta e irremediabilmente hecha ya, sin posibilidades, sin alicientes de novedad, sin porvenir de creación alguna, moriríase de inapetencia, o de empacho, nuestra vida: la moral, la intelectual, la sentimental, la biológica misma.

La avaricia rompe el saco; la pretensión de realizar cumplidamente los ideales, de transformarlos íntegramente en realidades, rompe el saco, destroza las facultades mismas de posesión. Esta distancia respetuosa que hay que guardar, por amor a la vida misma, respecto de los ideales, no impide, bien al contrario, un movimiento de ascendiente acercamiento, de progreso, hacia ellos.

La estima adviene a las acciones humanas por su empeño, respetuoso, discreto, en acercarse a los ideales, por su afán de realización discreta, modesta, mesurada, de los mismos.

Una cosa es la justicia en cuanto valor, otra en cuanto o en funciones de ideal de una sociedad o de un individuo; como una cosa es la circunferencia en cuanto curva geométrica, y otra muy distinta la misma circunferencia como modelo, dechado, de estética y visual perfección. El griego juntó en la unidad de la figura circunferencia su cualidad geométrica de figura, y su calidad estética de finitud armoniosamente cerrada.

El que tiene, y se guía, por ideales dispone de campo infinito para el progreso, de ámbito ilimitado de autosuperación y perfeccionamiento.

Todos los hombres, sea cual fuere el precio de sus trabajos, mayor o menor, y a pesar de la igualdad principal de dignidad o valor de sus acciones, pueden distinguirse y sobresalir por sus ideales. Realzar precio con valor, y ambos con estima.

No todos los hombres son, pues, igualmente estimables; todos pueden llegar a ser igualmente estimables; y esta posibilidad lo es a conquistar y mantener en vilo, en un hilo que es frecuentemente el modo como se sostienen los que a ideales se dan, y por ellos se guían.

No desconozcamos el progreso que en la humanidad se ha cobrado al admitir, y reconocer, que el trabajo humano,

además de precio, tiene valor; pero guardémonos del plebeyismo de creer que todos los hombres sean sin más, por trabajar, igualmente estimables.

La estima, como la libertad, calidad es que debe conquistarse todos los días; tal vez estemos luchando un poco más de lo debido para que se reconozca, en principio y en consecuencias, el que el trabajo humano tiene no tan sólo precio sino valor, que hay que pagarlo con salario y con honorarios; y estemos olvidando, un poco también, ojalá que no mucho, nuestra obligación, no codificable, de hacernos estimables por los ideales a cuyo servicio hayamos puesto nuestras vidas, nuestros trabajos, nuestros honores y aun nuestros honorarios.